

Masculinidades y salud sexual: entre los obstáculos y las posibilidades

Avance de investigación en curso.

Género, desigualdades y ciudadanía.

Paula Provenzano

Resumen

En esta ponencia se presentarán algunos avances de mi tesis de grado de la Licenciatura en Sociología. Dicha investigación aborda la problemática de los cuidados respecto a la salud sexual en varones jóvenes heterosexuales de la ciudad de La Plata (Buenos Aires, Argentina), y para ello apunta a identificar las representaciones sociales que estos jóvenes elaboran sobre el ejercicio de su sexualidad, con la pretensión de sumar voces a la reflexión sobre los obstáculos y las posibilidades que tienen en el ámbito de la salud sexual de varones y mujeres los modelos de socialización de género a los que están expuestos los varones.

Palabras claves: representaciones, masculinidades, salud sexual.

1. Introducción

En esta ponencia se aborda la relación entre las masculinidades y la salud sexual a través del reconocimiento de las representaciones sociales de los varones. Cabe aclarar que se presentarán los avances de una investigación en curso que corresponde a la elaboración de una tesina de la carrera de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (Buenos Aires, Argentina).

Las representaciones acerca del cuidado de la salud sexual en varones es un tema escasamente explorado desde las ciencias sociales, y la producción académica sobre este tema se concentra en la década de 1990. Históricamente los estudios de género, han hecho foco en la situación de las mujeres – y de aquí se desprende cierta confusión académica que iguala género a mujer- y, a pesar de ser un concepto que apela a lo relacional, no han profundizado en la investigación acerca de las prácticas de los varones.

En el campo de la salud son frecuentes las investigaciones que se abocan unilateralmente a identificar las prácticas de las mujeres, pero es excepcional que se analicen las actitudes de los varones frente a las mismas problemáticas. Del mismo modo, los estudios arrojan que los programas de salud sexual se limitan al embarazo, parto y puerperio, los paradigmas “maternoinfantiles”¹, que no incluyen ni permiten incluir la participación masculina.

Es imprescindible abandonar esta mirada reduccionista y adoptar una perspectiva relacional capaz de superar la histórica asociación entre “género” y “mujeres”, y un primer paso para ello es profundizar en estudios sobre varones y sus prácticas, para la formulación de estrategias inclusivas y respetuosas de todas las personas.

En esta instancia, es necesario incluir algunas definiciones. Preliminarmente, damos cuenta de que el género es una de las formas de ordenar la práctica social. Socialmente se establece una clasificación que precisa qué se considera “lo masculino” y “lo femenino”, y en función de ésta se definen las formas de actuar que se consideran socialmente más apropiadas para las personas según el sexo. En

¹ Ver Dirección Nacional de Maternidad e Infancia (Salud Integral de la Mujer, la Niñez y adolescencia) en página oficial Ministerio de Salud <http://www.msal.gov.ar>.

esta línea, la diferenciación social original tuvo su anclaje en las características físicas y biológicas: las mujeres paren y por lo tanto se estipuló que fuesen las encargadas de los hijos y las hijas y de la casa, y, en contraposición, los varones trabajarían fuera del hogar, en el ámbito público. Así, el cuidado de la salud es un aspecto de la vida que quedaría ubicado en la circunscripción de tareas femeninas, y sería una práctica reproducida a través de la socialización diferenciada entre varones y mujeres.

En este contexto, la masculinidad hegemónica de la sociedad occidental moderna – aquella que ocupa el lugar central en un modelo de relaciones de género- es asumida por los varones en nuestra sociedad de forma tal que conduce a un prácticamente nulo acercamiento a la medicina preventiva; promueve que la consulta médica sólo se efectúe cuando el cuerpo ha sido dañado atacando su rol de proveedor. La salud y el autocuidado no juegan un rol central en la construcción de la identidad masculina. Al mismo tiempo, dicha masculinidad promueve para el campo de la sexualidad una apariencia de naturalidad que conducirá a prácticas compulsivas que incluyen relaciones sin cuidados en la mayoría de los casos.

En este contexto, la investigación cuyos resultados iniciales se presentan en esta ponencia, se propuso indagar acerca de las representaciones sobre el cuidado de la salud sexual de un grupo de varones jóvenes heterosexuales de la ciudad de La Plata, para profundizar la comprensión en torno a la socialización en un modelo masculino hegemónico y los obstáculos y las posibilidades frente al cuidado de la salud sexual.

Sólo incluyendo la perspectiva de los varones será posible modificar los comportamientos de riesgo que atentan contra la salud de los propios varones y de las mujeres.

2. Procedimientos metodológicos

Los resultados que se incluyen en esta ponencia parten de un trabajo de campo que ha combinado la aplicación de un cuestionario con técnicas cualitativas. Se enmarca definitivamente en una investigación de tipo cualitativa, ya que se intenta profundizar en el conocimiento sobre un grupo y unas prácticas y no es un objetivo del mismo traspasar datos al resto de la población que comparte las mismas características. Asimismo, dicho trabajo se configuró como un estudio exploratorio, que pretende acercarse a la comprensión de un aspecto de la vida social escasa y recientemente abordado por las ciencias sociales.

En una primera instancia empleamos un cuestionario con preguntas cerradas para tener una primera aproximación a nuestro objeto de estudio, instancia a través de la cual fuimos delineando nuevas inquietudes y nuevos aspectos a tener en cuenta para ser sumados a la investigación.

En un segundo momento, realizamos entrevistas en profundidad, valiéndonos de un esquema abierto y flexible, que mientras nos permitió contemplar las cuestiones básicas establecidas en el momento previo, pudimos abrir el registro a las manifestaciones de nuestros entrevistados, pudiendo capturar también sus gestos, risas e incomodidades a través de los cuales también se expresaban sus respuestas.

Un abordaje cualitativo resultó imprescindible para satisfacer el interés por conocer los sentidos que el grupo de estudio otorga a sus prácticas. Para esta investigación, al indagar en las representaciones sociales construidas y utilizadas por determinadas personas, acudimos a la utilización de estas entrevistas semiestructuradas y al registro visual que nos permitió una descripción más acabada.

Las unidades de análisis fueron varones jóvenes heterosexuales de la ciudad de La Plata. Para contrarrestar la distancia que ya de por sí imprime el hecho de que reconozcan a una investigadora como mujer inquiriendo sobre prácticas íntimas y que consideran del ámbito privado, se acudió a entrevistas a varones ya conocidos, que al mismo tiempo respondían a los criterios de egresados del colegio secundario preuniversitario y estudiantes de grado. Estos criterios resultaban imprescindibles para esta investigación que intenta despegarse de aquellos estudios que han focalizado en la condición de pertenencia a sectores populares, intentando a la vez un registro en el que aparecen como varones

atravesados por los modelos de masculinidad sin hacer hincapié en las particularidades de la clase y en los esfuerzos por vincular la falta de cuidados con su pertenencia a la clase.

Mantener cierta familiaridad con los jóvenes entrevistados permitió aumentar los niveles de reflexividad al disminuir la distancia investigadora-sujetos entrevistados y mujer-varón; el conocimiento amistoso previo pudo volcar un trato más suelto y espontáneo que alimentara un clima de confianza imprescindible para recuperar sus voces en relación a la práctica de su sexualidad.

El trabajo de campo incluyó estas dos instancias anteriormente descritas, cuyo análisis preliminar se presentará en forma conjunta a continuación. Por último, y nuevamente, esta presentación corresponde a una primera aproximación personal sobre una temática escasamente explorada. Un estudio exploratorio que pretende sumar voces a la reflexión sobre las consecuencias que tienen en el ámbito de la salud sexual de varones y mujeres los modelos de socialización de género a los que están expuestos los varones, y abrir más preguntas que sugieran nuevas líneas de investigación.

3. Consideraciones teóricas

3.1. Representaciones sociales

Las representaciones sociales ofrecen un marco explicativo acerca de los comportamientos de las personas estudiadas, que no se circunscribe a la interacción sino que contempla al marco cultural más amplio, incluyendo las estructuras de poder. Constituyen un enfoque que permite la integración de lo individual y lo colectivo.

Las personas hacemos referencia a un objeto social cuando tenemos una representación sobre ese objeto. Para que exista representación debe existir la mediación a través de una figura.

Las representaciones sociales sintetizan las explicaciones a través de las cuales las personas conocemos la realidad social que nos rodea. Dichas explicaciones son extraídas de los procesos de comunicación social, por tanto, las representaciones sociales hacen referencia al conocimiento de sentido común. El conocimiento de sentido común es aquel producido socialmente, y establece formas de percibir y sentir que se traducen en las conductas de las personas, es decir que las representaciones sociales son sistemas cognitivos, que incluyen estereotipos, creencias, normas y valores, que se constituyen como principios interpretativos y orientadores de las prácticas de las personas.

Conocer las representaciones sociales nos permite identificar el proceso de construcción del conocimiento social y la mirada que sobre el mundo elabora cada persona, ya que el conocimiento de sentido común también es utilizado individualmente en las interacciones sociales.

La importancia de estudiar las representaciones alrededor de las cuales se articulan posiciones naturalizadas, reside en la posibilidad de intervenir en su modificación, y con ello, en una práctica social.

En 1961 Serge Moscovici, cuyos estudios se desarrollaron alrededor de cómo las personas construyen y son construidas por la realidad social, publica su tesis doctoral en la cual propone el concepto de representaciones sociales. Desde entonces se ha trascendido la elaboración del concepto hacia el desarrollo de la teoría. Peter Berger y Thomas Luckman, por su parte, han señalado que las personas tienden a considerar los procesos subjetivos como realidades objetivas, es decir que percibimos la realidad social como independiente de nuestra propia interpretación del mundo.

En resumen, el medio cultural en el que viven las personas, el lugar que ocupan en la estructura social, y las experiencias concretas con las que se enfrentan a diario influyen en su forma de ser, su identidad social y la forma en que perciben la realidad social. Es decir que con el estudio de las representaciones sociales, lo que se busca es entender en qué medida sus contenidos reflejan los substratos culturales de una sociedad, de un momento histórico y de una posición dentro de la estructura social. La realidad es tal y como es para las personas.

Siguiendo a Martín Mora, recogemos una definición del propio Moscovici: “La representación social es una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación” (Mora, 2002: 7).

En otras palabras, las representaciones sociales son ese conocimiento que, al mismo tiempo, se origina en la comunicación y tiene por objetivo comunicar: es el conocimiento de sentido común, propio de un ambiente social.

Robert Farr, estudioso de la teoría de Moscovici, brinda una definición sumaria de las representaciones sociales: “sistemas cognoscitivos con una lógica y lenguaje propios. No representan simplemente “opiniones acerca de”, “imágenes de”, o “actitudes hacia”, sino “teorías o ramas del conocimiento” con derechos propios para el descubrimiento y la organización de la realidad. Sistemas de valores, ideas y prácticas con una función doble: primero, establecer un orden que permita a los individuos orientarse en su mundo material y social y dominarlo; segundo, posibilitar la comunicación entre los miembros de una comunidad proporcionándoles un código para el intercambio social y un código para nombrar y clasificar sin ambigüedades los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal” (Mora, 2002:7).

Las representaciones sociales, nuevamente, aparecen como una forma particular de conocimiento y como una estrategia de construcción y comunicación de ese conocimiento y, por tanto, sólo pueden generarse en el intercambio entre sujetos.

Según Moscovici las representaciones sociales emergen puntualmente en momentos de crisis y conflictos. Por eso se desprende que son imágenes que articulan un conjunto de significados que se conforman en sistemas de referencia interpretativa capaces de dar sentido a lo inesperado. Un conocimiento socialmente elaborado y del que nos valemos en nuestras interacciones sociales. Conocerlo significa profundizar en el análisis de los intercambios sociales, en pos de develar las contradicciones y cristalizaciones que se ocultan en las miradas ideológicas de los discursos y prácticas del sentido común.

3.2. Masculinidades y género

Establecer qué es la masculinidad no es tarea sencilla, ya que, siguiendo a Robert Connel, ésta no es un objeto coherente y su definición nunca ha estado suficientemente clara.

Como apenas esbozamos más arriba, la masculinidad sólo existe en contraste con la femineidad, como un aspecto de una estructura mayor que son las relaciones de género: si no se socializara a varones y mujeres de manera diferencial, no sería útil el concepto de masculinidad.

Connel realiza una breve descripción de cuatro enfoques que se han desarrollado para construir una definición de masculinidad.: esencialista, que establece un rasgo que define el núcleo de lo masculino, como una condición natural o biológica; positivista, que define la masculinidad como lo que los hombres realmente son a partir de lo que hacen; normativo, para el cual es una norma social que instauro lo que los hombres deben ser y sus conductas en tal sentido; y semiótico, que utiliza un sistema de diferencia simbólica con el que contrastan los lugares masculino y femenino, así la masculinidad es definida como la no-femineidad y con múltiples posibilidades de significación.

Los descarta porque “En lugar de intentar definir la masculinidad como un objeto (un carácter de tipo natural, una conducta promedio, una norma), necesitamos centrarnos en los procesos y relaciones por medio de los cuales hombres y mujeres llevan vidas imbuidas en el género.” “Ninguna masculinidad surge, excepto en un sistema de relaciones de género”.

El género es una forma de ordenamiento de la práctica social y existe justamente porque lo biológico no determina lo social, así, cuando hablamos de masculinidades y femineidades estamos nombrando

configuraciones de prácticas de género (Connel). En efecto, podemos hablar de mujeres “masculinas” o “masculinizadas” y de varones “femeninos” o “feminizados”, si nuestras prácticas fueran producto de una esencia natural o instintiva esto sería imposible.

Según Connel la vida social se organiza en torno a un escenario reproductivo: no se trata del desarrollo natural de nuestra biología, sino de un proceso histórico y por tanto dinámico. Esta visión dinámica nos permite hablar de “proyectos de género”.

Las prácticas de género se van configurando a través del tiempo. La configuración genérica de estas prácticas la encontramos tanto a nivel individual como social. Podemos describir tres planos de configuración de género: la “personalidad” o el “carácter”, en este plano interviene la noción de “identidad”, sin embargo, las identidades de género se fracturan, ya que las vidas individuales son intersectadas por múltiples discursos. Otro plano es el de la ideología o la cultura, aquí el género aparece organizado en prácticas simbólicas más permanentes que la experiencia individual. Y por último se identifica el plano institucional: instituciones como el Estado, el trabajo o la escuela estructuran sus prácticas organizacionales en relación al escenario reproductivo.

La estructura genérica de la práctica nada tiene que ver con la reproducción biológica. El escenario reproductivo es nada más, y nada menos, que una construcción social (que una mujer tenga ovarios no la vuelve madre irremediamente, que tenga estrógenos no la obliga a planchar, ni siquiera le inspira tal inclinación, que un varón no amamante no implica que no pueda hacerse cargo de la crianza). Lógicas diferentes se superponen en el género y por eso la masculinidad y la femineidad siempre encuentran contradicciones y rupturas históricas.

Para entender la masculinidad, requerimos un modelo de la estructura de género que distinga entre estas tres dimensiones:

a) las relaciones de poder, refieren a la subordinación general de las mujeres y la dominación de los varones. Es lo que el feminismo llamó “patriarcado”: el patriarcado es una forma de organización política, económica, religiosa, ideológica y social basada en la idea de la autoridad y superioridad de lo masculino sobre lo femenino, que da lugar al predominio de los varones sobre las mujeres, del marido sobre la esposa, del padre sobre la madre y los hijos e hijas, y de la descendencia paterna sobre la materna. La superioridad de lo masculino sobre lo femenino se expresa en las diversas normas, costumbres e instituciones que regulan la vida de las personas en las sociedades organizadas bajo el esquema cultural del patriarcado. Esta forma de organización persiste a pesar de cambios y resistencias.

b) las relaciones de producción. Las divisiones genéricas del trabajo conllevan un proceso de acumulación de género, es decir que, además de tener en cuenta la forma diferencial de asignación de tareas, hay que considerar sus consecuencias respecto a la acumulación que representa para varones, de la que quedan excluidas las mujeres.

c) relaciones emocionales (cathexis), las prácticas que dan forma al deseo sexual (en términos freudianos, la energía emocional ligada a un objeto) son otro aspecto del orden genérico, a pesar de la naturalidad con la que es percibido usualmente.

El género como forma de estructurar la práctica social en general, interactúa necesariamente con otras, como la etnia, la clase, o la nacionalidad. Es por esto que se vuelve necesario hablar de masculinidades y no de una masculinidad. Éstas no sólo se construyen en oposición a las femineidades (masculinidad de hombres blancos frente a mujeres blancas), sino también frente a otras masculinidades (masculinidad de hombres blancos frente a hombres negros).

Además de hablar de masculinidades en plural, es necesario examinar las relaciones entre ellas, porque de lo contrario caemos en el riesgo de considerar tipos de masculinidad cerrados: una masculinidad blanca, una masculinidad común a la clase trabajadora, mientras que éstas se combinan; al mismo tiempo, corremos el riesgo de considerarlas como estilos de vida alternativos, y entonces, como bloques armónicos entre los que se puede escoger. Tal panorama escondería las representaciones que se construyen en cada experiencia de género.

Resulta útil en este punto del análisis incorporar el concepto de masculinidad hegemónica. No hay un tipo de masculinidad, son múltiples, por lo tanto, la masculinidad hegemónica “no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable.” (Connell).

Cuatro son los principales patrones de masculinidad imperantes en Occidente en la actualidad. El de la hegemonía, que refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social, en todo momento histórico se exalta culturalmente una forma de masculinidad sobre otras: “La masculinidad hegemónica se puede definir como la configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.”

Las resistencias y los cuestionamientos a una hegemonía pueden dar lugar a la construcción de una nueva, por lo tanto, es una relación históricamente móvil.

Bajo esa hegemonía general, se dan relaciones específicas de subordinación. En las sociedades contemporáneas la subordinación más importante es la de los varones homosexuales a la dominación de los varones heterosexuales, que supera a la estigmatización cultural de los gays. Dentro de la hegemonía, la homosexualidad queda subordinada, junto a otras masculinidades igualmente confundidas en lo simbólico con la femineidad.

Un tercer patrón lo constituye la complicidad: no es necesario que la totalidad de los varones sigan la totalidad de los patrones hegemónicos, de hecho, el número que lo hace es reducido, sin embargo, todos en igual medida obtienen ventaja producto de la subordinación de las mujeres. La gran mayoría de los varones que se beneficia del patriarcado no son explícitamente violentos con las mujeres y ocupan los roles tradicionalmente femeninos, pero contribuyen a mantener la estructura de dominación.

Por último, queda revisar las relaciones entre las masculinidades según la clase o grupo étnico. La marginación es siempre relativa a una autorización de la masculinidad hegemónica del grupo dominante, de este modo, se configuran la “masculinidad hegemónica” y las “masculinidades marginadas” –entre las cuales la encarnada por varones negros es el ejemplo clave-, siempre generadas en situaciones particulares y en una estructura cambiante de relaciones.

Entre los patrones de hegemonía, subordinación, complicidad y marginación queda dibujado un escenario de dominación masculina. Que los hombres sean quienes dominen, los constituye necesariamente en agentes de conservación del sistema de género tal cual está. Hablar de género no es, entonces, hablar de mujeres y varones, o gays y trans, sino que es hablar de poder y del modo en el que se construye. Al mismo tiempo es hablar de nuestra humanidad, es hablar de la acción social histórica.

La manera en que hemos armado ese mundo de poder causa dolor, aislamiento y alienación a mujeres y varones (Kaufman). Sin intentar una analogía con las formas sistemáticas de opresión sobre las mujeres y sin negar la centralidad del poder masculino, se puede plantear el dolor en la experiencia de vida de los varones. El hecho de ser hombres los ubica en un lugar de dominación frente a las mujeres en una relación asimétrica de poder, es decir que el poder social le otorga poder a cada hombre en su individualidad –el poder patriarcal encuentra su fuente en la sociedad pero cada hombre aprende a ejercerlo como propio; al internalizarlo de diferentes maneras se reproducen esas estructuras- sin embargo, esa experiencia individual tiene sus costos como fuente de dolor.

Sostener que la experiencia de los varones es dolorosa no implica justificar la violencia de éstos, sino que nos permite comprender mejor la construcción de sus masculinidades y sus contradicciones.

El patriarcado existe no sólo como un sistema de poder de hombres sobre mujeres, sino de jerarquías de poder entre hombres: cada subgrupo (definido por etnia, clase, orientación sexual) define el “ser hombre” según sus posibilidades sociales y económicas.

El poder se configura como concepto clave, entendido como la capacidad de controlar los recursos e imponer control. El hecho de ser hombre, más allá de la pertenencia a otro subgrupo, es equiparable a

tener algún tipo de poder. Reparar en que el ejercicio de ese poder no es libre del sentimiento del dolor, tal vez sea la única posibilidad de volcar a los hombres a la modificación de sus prácticas.

Para reforzar, siguiendo a Connel: "Masculinidad no es sinónimo de hombres, sino de proceso social, estructura, cultura y subjetividad. No se trata de la expresión más o menos espontánea de los cuerpos masculinos, sino de cómo tales cuerpos encarnan prácticas de género presentes en el tejido social. No son tampoco ideas que flotan en el aire y que fácilmente se descartan, sino esquemas que organizan el acceso a recursos, segregan los espacios sociales y definen ámbitos de poder; se trata de la historia que constituye posibilidades de sujetos, margina deseos y define identidades no inherentes a los cuerpos masculinos." (Connel)

Las masculinidades no son entidades fijas, son procesos sociales complejos y fluidos, cuya práctica se plasma en el escenario de las relaciones de género (relaciones de poder). Partiendo del modelo de género tradicional, podemos sostener que en el plano de la sexualidad, la masculinidad es probada y confirmada continuamente mediante la toma de riesgo. En este modelo, central en los procesos de construcción de la identidad de género, la sexualidad masculina aparece más ligada a lo físico que a lo afectivo y está caracterizada por la agresividad y la exclusión del cuidado, como formas de reafirmar la hombría. Incluso, una de las primeras formas de afirmarla será el comienzo de las relaciones sexuales, que implicará una forma de salir al mundo público y "hacerse hombre", mientras que en las mujeres un hecho presuntamente individual, la menarca, indicará que se "hacen señoritas".

4. Algunos resultados

Al indagar en las representaciones sociales que estos varones jóvenes heterosexuales elaboran sobre el ejercicio de su masculinidad en el campo de su sexualidad, nos encontramos, a esta altura de la investigación, con algunos aspectos que podemos agrupar a través de dos puntos centrales: la necesidad de no mostrar fisuras y la falta de cuidados en torno a la salud o su concepción reducida a lo técnico. El primer punto aparece de la mano del estar siempre dispuesto, sostener que nunca perdieron una erección, no concurrir regularmente a consultas médicas, e iniciarse a edades tempranas o con prostitutas. Cuando se inquiriere sobre si hubiesen elegido otro momento "para debutar" sostienen que "no", pero al mismo tiempo, reconocen haber sentido presión en la mayoría de los casos, lo que podría indicar la satisfacción de estar cumpliendo con el mandato y sacarse la presión de ya saber lo que se tiene que saber por ser hombre.

Aún en los casos en que afirman "cuidarse" en todas sus relaciones sexuales, aunque de diferentes maneras según se trate de parejas estables u ocasionales, lo confirman en un aspecto reducido que tiene que ver con el uso de algún método anticonceptivo. No aparecen en sus discursos formas explícitas que nos puedan permitir reconocer representaciones que tengan que ver con el ejercicio de una sexualidad plenamente elegida, en la cual voluntariamente se determine cuándo, cómo y con quién mantener relaciones sexuales. Seguramente este punto esté íntimamente relacionado con la consigna asumida de no poder decir que no y "quedar como un dormilón". Asimismo, en ningún caso son mencionados elementos que tengan relación con lo emocional o lo afectivo, y aparece la relación sexual ideal como aquella que incluye la penetración y eyaculación, excluyendo otras formas eróticas.

Por otro lado, en ningún caso aparece una imagen masculina ofreciendo información, contención o asesoramiento sobre cómo cuidarse o capaz de conversar sobre las emociones que aunque veladas participan del ejercicio de la sexualidad. "Lo que pasa es que uno no acostumbra a escuchar al padre decir que va al urólogo" podría ser una frase que sintetiza las cualidades de los referentes masculinos.

5. Conclusiones

Resulta claro que los modelos tradicionales de género incluyen una serie de prescripciones para el ejercicio de la masculinidad dentro de las cuales la toma de riesgos es un eje central, y las nociones de

autocuidado quedan excluidas. El no acceso a la atención primaria de la salud, la necesidad de un ejercicio múltiple, el “no desaprovechar la situación”, la ausencia de un referente masculino en el cuidado, son algunas de las formas que asumen -y al mismo tiempo dan forma a- las actitudes y las prácticas de estos varones heterosexuales de la ciudad de La Plata. Tales formas se transforman en obstáculos a la hora de pensar la salud en general, y la salud sexual en particular, como el reconocimiento y el ejercicio de un derecho humano.

Por otro lado, y en consonancia con un espíritu más propositivo, podemos comenzar a vislumbrar algunas posibilidades en la transformación de pautas culturales y los roles de género. Las actitudes y comportamientos respecto de la vivencia de la sexualidad y sus (no) cuidados, al estar arraigadas en normas sociales, cambiarán en consonancia con el cambio de esas reglas que implican la reafirmación para los varones de su masculinidad a través de la toma de riesgos y la demostración de un deseo sexual permanente e irrefrenable. La visibilización de estas cuestiones será un paso primordial y necesario para contribuir a una mirada sobre la salud como otro derecho que debe ejercerse en plenitud.

6. Bibliografía

- Araya Umaña, Sandra (2002), “Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión”, en Cuadernos Sociales, FLACSO, Costa Rica.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama
- Connel, Robert W. La organización social de la masculinidad. Disponible en: [www.cholonautas.edu.pe / Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales](http://www.cholonautas.edu.pe/BibliotecaVirtualdeCienciasSociales).
- Chaves, Mariana (2005): "Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea", en *Revista Última Década*, N° 23, Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Achupallas: Viña del Mar.
- Checa, Susana (compiladora) (2008), *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, Buenos Aires, Paidós.
- De Beauvoir, Simone (1999), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Primera edición 1949 por Editorial Gallimard, París).
- De Keijzer, Benno (2001) “Masculinidades, resistencia y cambio en el campo de la salud”.
- Kaufman, Michael. Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. Disponible en: <http://www.hombressinviolencia.org/docs/Experiencias%20contradictorias%20de%20poder%20entre%20los%20hombres.pdf>
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti (1996): "La juventud es más que una palabra", en Margulis, Mario (ed.): *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Biblos: Buenos Aires.
- Mora, Martín, (2002), “La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici”, *Atenea Digital*, N° 2.

- Piovani, Juan Ignacio; Marradi, Alberto; Archenti Nélica, (2007), Metodología de las Ciencias Sociales, Emecé, Buenos Aires.

- Valles, M. (1999), Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional. Madrid: Síntesis.